

Los sistemas de género y el desarrollo de la selva

Jeanine Anderson* **

Hace algunos años que las ciencias sociales vienen siendo remecidas por acusaciones de haber dejado de lado la mitad de la experiencia humana: la mitad que pertenece a las mujeres. Al mismo tiempo se acrecientan las voces que señalan cómo el desarrollo -quimera de las últimas cuatro décadas que debía poner fin a las desigualdades y la opresión- parece haber empeorado la situación de la mujer, tanto en términos absolutos como relativos a los beneficios que trajeron los proyectos de desarrollo para los hombres.¹ La evidencia es clara: hemos elaborado teorías del desarrollo sobre la base de supuestos equivocados y una información parcializada. El resultado ha sido cada vez mayores responsabilidades y menores recursos asignados a las mujeres, llevando a situaciones insostenibles.² Con una rapidez alarmante, los nuevos patrones se extienden por vastas zonas aparentemente poco tocadas en proyectos de desarrollo, entre ellas la Amazonía peruana.

Para responder frente a tales hechos, este trabajo plantea la necesidad de contemplar las diferencias de género en la investigación sobre la Amazonía y en la práctica que busca mejoras para la selva peruana. El artículo resume, en primer lugar, el pensamiento contemporáneo acerca del "problema de la mujer" ya no como el problema de uno de los géneros, sino de las relaciones que se institucionalicen entre ambos. Seguidamente, puntualiza algunos de los elementos que distinguen los sistemas de género característicos de los grupos selváticos. Finalmente, ofrece algunas proposiciones que tendrían que guiar los esfuerzos de cambio si es que el cambio va a beneficiar a toda la población selvática y no sólo un segmento. La noción de sistemas de género permite superar el análisis de hombres y mujeres cada uno por su lado; del mismo modo el desarrollo tiene que significar un incremento del bienestar

* Anderson, Jeanine. "Los sistemas de Género y el desarrollo de la Selva" en: *Shupihui*, 85, X: 35-36, Iquitos, 1985, pp. 335-345.

** Antropóloga norteamericana. Trabaja actualmente en la Fundación Ford, en asuntos referidos a la problemática de la mujer.

¹ Respecto a estos problemas, el tratado más completo es *The Domestication of Women: Discrimination In Developing Societies*. Barbara Rogers. Londres: Tavistock Publications, 1980.

² Ver el capítulo "Introducción" por Elsa Chaney. *Sellers & Servants: Working Women in Lima Perú*. Ximena Bunster y Elsa M. Chaney. NY: Praeger, 1985, Pág. 1-10. Por tratarse de un estudio de trabajo femenino en Lima, esperamos la pronta traducción al castellano de este libro.

y la participación de todos, sin ignorar que ambos sexos tienen una posición estructural diferenciada al interior de todos los grupos humanos.

Los sistemas de género

El reconocimiento de muchos de los elementos de lo que ahora llamamos sistemas de género no es nuevo en las ciencias sociales o aún en el lenguaje común. Uno de estos elementos es la división sexual de trabajo -la asignación de distintas tareas a un sexo y otro. En todas las sociedades humanas, esta división va mucho más allá de las tareas asignadas por los simples hechos biológicos: la gestación y lactancia que forzosamente son privilegio de mujeres. Tal como lo señalaran Durkheim y los clásicos antropólogos del siglo pasado, la división sexual de trabajo es un hecho universal y anterior a la división social del trabajo a base de criterios de clase o castas. Un escritor ha realizado un notable esfuerzo recientemente tratando de imaginar cómo sería la sociedad humana sin la organización primaria de responsabilidades que se da en la división sexual del trabajo. La dificultad del ejercicio demuestra lo lejano que es de nuestra experiencia, si es que alguna vez puede haberse dado como un hecho histórico.³

Aún en las sociedades más simples de la Amazonía existe el reparto de tareas esenciales para la subsistencia entre hombres y mujeres, pero hay una notable variación de un grupo a otro respecto a cuáles son consideradas apropiadas para cada género. Varía también la rigidez de la división sexual del trabajo y la cantidad de tareas que pueden, sin transgredir normas convencionales, ser realizadas por ambos sexos. Por lo general, la caza es una tarea de hombres en la Amazonía Peruana, y aunque la caza en su identificación con el sexo masculino ha suscitado una larga discusión acerca de los orígenes de la subordinación femenina, no es privativa de hombres en otras partes del mundo.⁴

Otro elemento largamente estudiado sin el pleno reconocimiento de su papel en la constitución de diferencias de poder y privilegios entre hombres y mujeres son los sistemas de parentesco. Sin duda que se ha entendido el matrimonio como

³ The gender revolution and the transition from bisexual horde to patrilocal band: the origins of gender hierarchy". Salvatore Cucchiari. En *Sexual Meanings: The Cultural Construction of Gender and sexuality*. Sherry B. Ortner y Harriet Whitehead, editoras. Cambridge: Cambridge University Press, 1981. Pág. 31-79. El libro de Ortner y Whitehead es indispensable para quien quiere conocer la teoría contemporánea sobre sistemas de género desde una perspectiva antropológica.

⁴ Ver por ejemplo el caso de la sociedad tiwi (Australia). *Femele of the Species*. M. Kay Martin y Barbara Voorhies. NY: Columbia University Press, 1975. Pág. 190-210.

constituyente de derechos y obligaciones entre dos individuos -claramente expresados en la liturgia cristiana- y constituyente de derechos y obligaciones entre grupos: típicamente, el grupo de familiares de la novia y el grupo de familiares del novio. Es menos común mirar la forma cómo los sistemas de parentesco conllevan ciertos tipos de relación entre todos los hombres en tanto género y todas las mujeres en tanto género. Además, en sociedades sencillas, donde el sistema de parentesco es co-término con la organización social, ya que no existen otros marcadores de status ni criterios de acceso a bienes y poder, las relaciones de parentesco -tan íntimamente ligadas a la sexualidad y las relaciones de género- constituyen el terreno no sólo de la política sexual, sino de la política en el sentido más amplio.⁵

Finalmente, han habido estudios de mitología y simbología que analizan en lugar privilegiado los motivos que reflejan la textura de relaciones entre hombres y mujeres. La Amazonía nos ha dado una de las colecciones más ricas de mitos elaborados en torno a temas de competencia y cooperación, decepción y franqueza entre los sexos. Pero esta literatura ha servido más bien para generar teorías acerca de la relación entre la naturaleza y la cultura, los orígenes de la cultura, o para profundizar en la distorsión que sufren los hechos sociales al convertirse en materia de elaboraciones simbólicas.⁶ La atención no ha estado puesta en entender cómo los mitos hablan de roles, intereses y naturalezas diferenciadas entre los sexos, ni cómo la simbología mantiene correspondencia con las expresiones sociales o políticas de las mismas estructuras de relación de género.

Estos elementos -la división sexual del trabajo, el sistema de parentesco, y el simbolismo que se asocia a la sexualidad y el género- se conjugan junto con otros en el sistema de género típico de cada sociedad. Es su integración en un sistema lo que no habíamos percibido con la suficiente claridad hasta hace pocos años. Como otros sistemas culturales, el sistema de género es articulado, hasta cierto punto autónomo, con su propia coherencia y sus propias contradicciones internas. Para recalcar, los sistemas de género reflejan uno de los principios estructurales más básicos de las sociedades humanas, presentes en sociedades que carecen de otros criterios de diferenciación (excepto la edad) como son en otros contextos la etnicidad o la clase social.

⁵ "Politics and gender in simple societies" Jane F Collier y Michelle Z. Rosaldo En Ortner y Whitehead, *op. cit.* Pág. 275-329.

⁶ Un tratamiento reciente de mitos de los mundurucú sí extrae conceptos de identidad sexual. "Pigs, women, and the men's house in Amazonia: An analysis of six Mundurucú myths". Lesiee Nadelson. En Ortner y Whitehead, *op. cit.* Pág. 240-272.

Si los sistemas de género son tan importantes en la constitución de los grupos humanos, ¿por qué es que se habla sólo recientemente de ellos, y hasta hay quienes niegan su significancia? El silencio de las ciencias sociales hasta hace muy poco tiene que entenderse a partir del sistema de género que regía en las sociedades que les dieron origen: sociedades europeas del siglo pasado. Puesto que estas sociedades reservaban el escenario público para varones, resultaba natural para los primeros estudiosos de sociedades de Asia, África o la Amazonía, suponer que las decisiones públicas estaban en manos de los varones allí también. Puesto que la acumulación de conocimiento en las sociedades europeas era mayormente empresa de científicos, filósofos y escritores varones, que vetaban el acceso de las mujeres a la universidad, se desprendía por lógica que todo el conocimiento de valor en las sociedades no-europeas también sería almacenado por los varones.

Tales suposiciones llevaron a una práctica de la antropología que la convertía en el estudio de varones por varones, con el consiguiente empobrecimiento.⁷ Las mujeres desvalorizadas por definición, por ser quienes carecían de acceso a las actividades y el conocimiento asociados a los varones, también fueron desvalorizadas en sus actividades y conocimientos. Esto tuvo varias consecuencias: dificultaba la conceptualización de la división sexual de trabajo, la cual aparecía como una división entre trabajo importante y no-importante más que una división de funciones entre los géneros; retrasaba la acumulación de estudios sobre grandes áreas de la experiencia humana, especialmente en los aspectos relacionados con la reproducción social; e impedía la percepción de las relaciones que se estructuraban entre hombres y mujeres como un hecho social dinámico y cambiante, elaborado para las circunstancias de cada sociedad y sometido a las complejas leyes que rigen sistemas simbólicos, productivos y sociales. El esclarecimiento de estas condicionantes de los sistemas de género recién ha comenzado, dado el largo retraso en su revelación como tales.

Sistemas de género en la Amazonía

Las sociedades amazónicas han aportado significativamente a la reconceptualización de los roles femeninos y masculinos y el sistema que éstos integran. Por un lado, el estudio de sociedades de la Amazonía llevó a reexaminar

⁷ Para una discusión del potencial de la antropología a la vez de los sesgos hacia lo masculino en su práctica histórica, ver la Introducción de Olivia Harris y Kate Young a su libro *Antropología y feminismo*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1979. Pág. 9-30.

viejas teorías que atribuían los orígenes de la cultura humana a la cooperación masculina en la caza. A la luz de un registro mucho más preciso de la verdadera importancia de esta actividad en la dieta de sociedades pro-agrícolas, y un conocimiento mucho más profundo de cómo se realiza la caza o la pesca en tales sociedades, hubo que admitir que las tareas de subsistencia masculinas no constituyen el *sine qua non* de la vida grupal, ni son ejemplos por excelencia de actividades colectivas y sincronizadas.⁸ Contrariamente, la recolección llevada a cabo por Mujeres y niños, comenzó a tomar su verdadera dimensión: ni tan solitaria ni insignificante en su aporte al stock de alimentos disponibles. Estudios modernos de las actividades de subsistencia en la Amazonía, incluso utilizando metodologías de presupuesto de tiempo y cálculos del rendimiento calórico y proteico de la caza, la pesca, la recolección y la agricultura en cultivos temporales, refuerzan la necesidad de un replanteo de nociones recibidas acerca de las economías primitivas y el papel que cumplen hombres y mujeres en ellas.⁹

Las sociedades amazónicas también ayudaron a esclarecer una tradición mitológica que había llevado a numerosos estudiosos a notorias equivocaciones. Esta tradición la constituyen los mitos de la existencia, en tiempos antiguos, de un gobierno por mujeres -los mitos del matriarcado primitivo. Tales mitos son especialmente difundidos en sociedades nativas de Sudamérica (como sugiere el término "las Amazonas") pero no eran desconocidos en Europa y África. Para etnólogos y filósofos del siglo XIX, tales como Jakob Bachofen y Lewis Henry Morgan (cuyos escritos sirvieron de fuente principal para los trabajos históricos de Engels), los relatos sobre sistemas de matriarcado que habían precedido a la actual predominancia de varones en el mando político, reflejaban hechos reales. Reflejaban un proceso histórico de transferencia del poder público de mujeres a hombres -siendo la ascendencia varonil signo del progreso hacia la civilización y en general un estado superior de las cosas.

Los mitos sudamericanos del matriarcado primitivo, que se asocian a las tribus ya desaparecidas de Tierra del Fuego, los muchos grupos de origen tukano y otros, tienen en común la descripción de una situación primaria de control por mujeres de los objetos y ritos sagrados, y a partir de este control mágico, su dominio sobre los

⁸ "La mujer recolectora: sesgos machistas en antropología". Sally Linton. En Harris y Young, *op. cit.* Pág. 35-60.

⁹ "Protein and Carbohydrate Resources of the Maku Indians of Northwestern Amazonia". Katharine Milton. *American Anthropologist*, Vol. 86, No. 1, marzo 1984. Pág. 7-27.

"Optimal Foraging and Hominid Evolution: Labor and Reciprocity". Jeffrey A. Kurland y Stephen J. Beckerman. *American Anthropologist*, Vol 87, No. 1 marzo 1985, Pág. 7- 93.

hombres.¹⁰ Las mujeres, en la versión de los Onas del extremo sur del continente, mantenían su poder con engaños, haciéndoles creer a los hombres que los dioses se reunían cuando eran en realidad las mujeres quienes hacían los rituales disfrazadas de personajes sagrados. Las mujeres controlaban las fuerzas oscuras de la brujería y las enfermedades para mantener sometidos a los hombres. En los mitos tukanos, las mujeres abandonaban sus tareas domésticas, obligando a sus maridos a cumplirlas mientras ellas se ocupaban en tocar las flautas sagradas (o trompetas, según el lugar) que ellas habían inventado. En contravención a las reglas que prohibían el incesto, llevaron a los hombres de su propio clan a tener relaciones sexuales con ellas.

Frente a tales desordenes y abusos del poder por parte de las mujeres, los hombres se rebelaron. Descubrieron las falsas bases de la autoridad de las mujeres y tomaron las medidas para invertir los papeles. Se apoderaron de los símbolos sagrados e impusieron su propio reino de terror. Según cuentan varios de los mitos, los varones instituyeron castigos drásticos para las mujeres que cuestionaran su autoridad. Se sabe de mujeres que han sufrido la pena de muerte por mirar las flautas sagradas guardadas en la casa de los hombres en algunas tribus brasileñas, y la violación en grupo existe como un castigo para la mujer que trasgrede sus normas y como una amenaza latente para todas.¹¹

Tales temas que hablan de un alto grado de conflicto entre los sexos, se encuentran en gran número de sociedades amazónicas. Parecen tener concordancia con hechos tales como los citados por Siskind, en su etnografía de los Sharanahua de la selva peruana: cuando falta carne y los hombres no han salido a la caza en varios días, las mujeres les obligan a ello con insultos, gritos y acusaciones de inservibles. Sin embargo, esto se da en una atmósfera festiva a la vez que hostil, ya que todos saben que probablemente regresarán con carne esa misma noche y serán recibidos con juegos, masato y oportunidades de tener relaciones sexuales con nuevas parejas.¹²

Las expresiones francas y abiertas de hostilidad entre hombres y mujeres, la exigencia de cada uno de que el otro sexo cumpla con las tareas que le son asignadas (sean éstas las domésticas o las de la caza) y los relatos de tiempos mitológicos

¹⁰ "El mito del matriarcado: ¿por qué gobiernan los hombres en las sociedades primitivas?", Joan Bamberger. En Harris y Young, *op. cit.* Pág. 63-81.

¹¹ Bamberger, *op. cit.* Pág. 73-79.

¹² *To Hunt in the Morning*. Janet Siskind. Londres: Oxford University Press, 1973. Ver especialmente el capítulo "Village: Hunting and Collecting, The Battle of the Sexes". Pág. 89-109.

cuando el gobierno de mujeres tuvo que ser reemplazado por la fuerza con un gobierno estricto de los hombres, apuntalan a sistemas de género marcados por una fuerte división de roles y aún espacios apropiados para los dos sexos. En muchos grupos de la Amazonía los hijos varones crecen hasta la pubertad en las casas de sus madres, con sus hermanas, primos y parientes femeninas, mientras que sus padres viven en la casa de los hombres en el centro de la aldea. Lo primero que conocen es la autoridad materna en un espacio dominado por mujeres. Sin embargo, ésta debe canjearse a partir de su iniciación, cuando ellos son llevados a vivir en la casa de los hombres. Su experiencia personal, entonces, repite el mito del matriarcado, y el mito, como un verdadero estatuto social, afirma la supremacía de la autoridad masculina en la realidad presente de los adultos.

Las sociedades amazónicas también han aportado a nuestro entendimiento de sistemas de género con evidencias de la independencia de estos sistemas de hechos biológicos primarios. Los hechos biológicos son invariantes: toda sociedad tiene que asegurar su reproducción biológica y la sobrevivencia de una nueva generación que reemplace a la anterior. La relación sexual, los procesos biológicos de embarazo, parto y la lactancia son esencialmente los mismos universalmente, por más que son elaborados culturalmente con tabúes, simbolismo y celebración. Los sistemas de género tienen una elaboración propia que recoge ciertos hechos a fin de resaltarlos mientras deja otros de lado. Su relativa libertad de lo biológico esta demostrada en la poca elaboración que tiene la maternidad en grupos amazónicos en particular y sociedades pre-agrícolas o no-clasistas en general.¹³

A primera vista, restarle primacía a la capacidad reproductiva de las mujeres en sociedades que corren el peligro constante de la extinción biológica parece absolutamente contradictorio. Sin embargo, una revisión de la literatura comprueba indiscutiblemente que la maternidad es mucho menos central en la representación simbólica de la mujer en sociedades sencillas que en sociedades de agricultores.¹⁴ Lo que se celebra en los ritos de iniciación, el matrimonio y los sucesivos *rites de pasage* además de relatos, ritos y festividades cotidianas, es la sexualidad femenina, la buena salud y la atracción erótica. Esta discusión, que hace uso liberal de los argumentos

¹³ Esta fue la constatación que llevó a Collier y Rosaldo a su exploración de sistemas de género en sociedades pre-agrícolas.

¹⁴ Collier y Rosaldo, *op. cit.*, pág. 276. Las autoras examinan en detalle tres sociedades: los Ilongot de las islas filipinas, los Murngin de Australia y los Kung de Namibia.

desarrollados por Jane Collier y Michelle Rosaldo en un reciente artículo¹⁵, intentara elucidar la aparente contradicción a la vez que lleva adelante nuestro análisis de las características de sistemas de género en la Amazonía.

Si bien la maternidad no es un valor central asociado al género femenino en sociedades sencillas históricas o actuales, las relaciones que se establecen a través del matrimonio son cruciales.

Se ha sostenido que la organización del matrimonio da, en sociedades sin clases, un indicio privilegiado de la organización de todas las relaciones productivas donde el género juega un papel. Al casarse, las personas "hacen familias" pero además contraen deudas, cambian de residencia, despiertan enemistades y establecen lazos de cooperación.

Una tipología de sociedades no-clasistas de acuerdo a sus sistemas matrimoniales parecería, entonces, un primer paso importante para el análisis de sistemas de género. Las distintas formas según las cuales sociedades tribales "hacen matrimonios" probablemente corresponderán, por un lado, a diferencias importantes en su organización económica y política, y, por el otro, a variaciones significativas en la concepción que se tiene del género.¹⁶

Es necesario separar en nuestro pensamiento el matrimonio como un principio de reasignación de derechos y obligaciones entre adultos, y el matrimonio como el hecho que viabiliza y legitima la nueva generación, ordenando el eventual traslado de derechos, además de propiedades, a sus integrantes. El segundo significado es mucho más elaborado entre nosotros (como en todas las sociedades agrícolas o clasistas), pero en sociedades más sencillas, como las de la Amazonía, el primer significado es lo central.

Existen varias razones sobre el por qué el matrimonio asume este especial significado en sociedades sencillas, y por qué además constituye un paso mucho más contundente para los varones que para las mujeres. Por lo general, y tal como

¹⁵ El libro editado por Ortner y Whitehead incluye, en su parte II "The political contexts of gender", dos artículos más que intentan correlacionar ciertos aspectos de sistemas de género con niveles de complejidad sociocultural, según clasificaciones usadas comúnmente en la antropología. Así, Melissa Llewelyn-Davies escribe sobre sociedades de agricultores, y Sherry Ortner escribe sobre sociedades estratificadas.

¹⁶ Collier y Rosaldo, *op. cit.*, pág. 278.

demuestra Siskind en detalle para los Sharanahua, el producto de la diaria recolección de frutas, nueces y raíces realizada por mujeres es para la subsistencia de la familia inmediata. No entra a un circuito de intercambios con otras unidades domésticas. En contraste, la carne que resulta de la caza realizada por los hombres es repartida de acuerdo a cuidadosas estipulaciones. Usualmente los padres y hermanos de la novia o esposa son los primeros en recibir carne, y reciben porciones especialmente apetecidas. El matrimonio crea la obligación para el yerno de proveer a la casa de sus suegros de carne, asegurando así su mantenimiento en la vejez. No crea obligaciones simétricas para la nuera en relación con los padres de su esposo. Para el varón, las obligaciones de apoyo y servicio en la casa de la novia frecuentemente comienzan aun antes del matrimonio. Puede haber una etapa, incluso de varios años, durante la cual el pretendiente presta su fuerza de trabajo al grupo familiar de la novia hasta lograr el consentimiento para que el matrimonio se realice.

Estos pasos hacia la adultez para el varón implican un cambio drástico en su forma de vida. Contrario a algunas nociones recibidas, los jóvenes solteros en sociedades de economía basada en la caza y la recolección no parecen aportar mayormente a la subsistencia del grupo. Tampoco salen a cazar a fin de mejorar su técnica, que ya esta perfeccionada. Pero mientras sigue soltero, el joven varón no puede participar en la vida política del grupo: no tiene hogar, ni posición definida en la red de relaciones entre los adultos, ni tiene acceso asegurado al sustento diario provisto por la mujer a través de sus actividades económicas. Tiene acceso ocasional a mujeres solteras o casadas, dadas las normas bastante relajadas respecto al comportamiento sexual que caracterizan las sociedades que estamos examinando; pero no tiene derechos definidos sobre la sexualidad de mujer alguna.

El matrimonio, en este contexto, es el mecanismo que permite entablar relaciones sociales y políticas entre varones. Y, puesto que una vez lograda una esposa y consecuentemente la entrada a la sociedad de adultos, ya no hay más acumulación ni diferenciación que puede darse entre los hombres, las relaciones que establecen son relaciones de igual a igual. El liderazgo, generalmente asumido por uno de los varones más viejos, no es especialmente buscado. La competencia por el cargo no es motivo de conflicto entre los hombres.

De allí se desprenden las cualidades que muchos estudiosos han remarcado en sociedades amazónicas: el trato de igual a igual entre personas adultas, incluso de distintas generaciones; la autonomía de cada persona, donde nadie adquiere un

dominio permanente sobre otros; y al mismo tiempo la combatividad latente de cada hombre que, como lo resumen Colliers y Rosaldo, parece emitir un mensaje de "no se metan conmigo".¹⁷ El derecho invadido por otro hombre será generalmente derechos en la esposa. Las peleas entre hombres tendrán generalmente relación con incidentes de infidelidad, o el alejamiento de la esposa por otro hombre. En tales condiciones, hablar de política sexual -como se titula un texto básico del movimiento feminista en los países industrializados-¹⁸ es exacto: las relaciones políticas al interior del grupo se definen según los derechos y obligaciones adquiridos ente hombres, pero a través de sus matrimonios con mujeres.

El hecho que las disputas entre hombres sean mediadas a través de sus relaciones con mujeres tiene dos consecuencias importantes. Una es que las mujeres pueden ser culpadas -y castigadas- porque se las percibe como causantes de peleas entre hombres. Otra es que las mujeres, a falta de otros recursos, tratan de imponer sus intereses respecto a los hombres con la amenaza de irse con otro. Estos elementos, reelaborados en la ideología y la tradición oral, nos dan otros motivos que aparecen con insistencia en la mitología amazónica. Las mujeres tienden a ser representadas como seres que optan según su libre voluntad entre amantes y maridos, de acuerdo a la capacidad de cada uno de satisfacer sus expectativas, provocando ellas a la vez luchas entre varones (o frecuentemente, un humano y un ser mitológico como el Jaguar o el Boa del río). Estas luchas devienen en situaciones creadoras -el origen de la cultura- o, alternativamente, en situaciones de caos que exigen un cambio total en el ordenamiento de las cosas. Y así, habiendo completado el círculo, regresamos de nuevo a los mitos del matriarcado primitivo.

El género y el futuro de la Amazonía

Un hecho que puede haber sorprendido a más de uno, no nos ha ocupado, a lo largo de esta discusión: el problema de la desigualdad o no entre hombres y mujeres de grupos nativos de la selva. No nos hemos detenido para reflexionar si la exclusión de las mujeres del manejo público de las decisiones las coloca necesariamente en una situación de subordinación, y, de ser así, subordinación en qué grado. Tampoco nos hemos detenido para preguntarnos si el sustento de grupos de cazadores-recolectores a través de la actividad económica de la mujer "cancela" la versión que se tiene de ella

¹⁷ The Evolution of Political Society. Morton H. Fried. NY: Random House, 1967, pág. 79. Citado en Collier y Rosaldo, *op. cit.*, pág. 290.

¹⁸ La autora es Kate Millett.

en los mitos, de provocadora de conflictos y divisiones. Mucho del debate acerca de la supuesta subordinación de la mujer en la mayoría sino en todas las sociedades es un debate mal planteado y estéril. Hay múltiples dimensiones de los sistemas de género que nos interesan además de la dimensión política -sin negar su importancia. En este artículo hemos querido ante todo demostrar que el significado del género en la sociedad humana no se agota, por un lado, en sus obvias implicancias para la reproducción biológica, ni, por el otro, en su íntima relación con jerarquías de poder.

Lo que sí hemos sostenido aquí es la integralidad del sistema de género dentro del sistema sociocultural y productivo, también integral, que caracteriza cada grupo humano. La mutua determinación de estos sistemas hace que cualquier cambio introducido a nivel de los roles sexuales o la ideología del género tenga reverberaciones sobre el conjunto, así como los cambios en la economía o en la definición del ámbito político repercuten en las estructuras de relación entre los géneros. Siguiendo nuestra argumentación, algunas modificaciones no comprometerán mayormente valores democráticos ni la visión que se tiene en el Perú de la nación que se quiere construir. Pero otras incidirán de manera importante sobre el preciso punto de intersección de los sistemas de género con las jerarquías de poder.

Indudablemente tales cambios en los sistemas de género vienen produciéndose en la selva peruana. Son el producto impensado de cambios en la economía de grupos nativos o de cambios en la relación que ellos mantienen con las sociedades mestiza y nacional. Son el resultado de proyectos de desarrollo planificados y bien intencionados, pero que no consideran que las oportunidades, responsabilidades, y derechos de hombres y mujeres están estructuradas de manera específica en cada grupo cultural, y que, por lo tanto, los beneficios para uno de los géneros no necesariamente acarrearán beneficios para el otro. Si existe poca discusión seria y ponderada acerca del futuro de la selva en el país, la discusión acerca del impacto de distintas alternativas diferencialmente sobre hombres y mujeres es nula.

Salvo que nuestro objetivo fuera incrementar desigualdades en vez de disminuirlas, sólo hay dos posibilidades en toda acción tendiente a introducir mejoras en la selva peruana. Una posibilidad es dejar el sistema de género sin trastocarlo. La otra es asegurar, mediante un esfuerzo consciente y concienzudo, que cada modificación de patrones existentes permita que ambos sexos busquen su articulación

con la sociedad dominante, sin la mediación del otro, y en condiciones de igualdad de oportunidades. La primera de estas alternativas es meramente teórica: en realidad, los procesos de cambio desatados hace varios años han acarreado cambios compensatorios, generalmente hacia una mayor opresión de la mujer. Para efectos prácticos, entonces, sólo queda el desafío de la segunda alternativa. Lograr un incremento de la igualdad al interior de las poblaciones nativas a la vez que se persigue su integración en una sociedad llena de sus propias discriminaciones y permeada por elementos patriarcales legados del colonialismo español, es un desafío verdaderamente impresionante.

Propender a la mayor igualdad en nuevas condiciones de vida requiere, en primer lugar, saber más sobre los sistemas de género vigentes en distintos grupos de la selva. He ahí una tarea de investigación que apenas ha comenzado. Requiere, en segundo lugar, tomar en cuenta, al momento de planificar la introducción de innovaciones de cualquier índole, anticipar, por separado, su probable recibimiento por hombres y mujeres. Crear condiciones más igualitarias para el cambio exige presuponer (hasta comprobar lo contrario para cada caso), que hombres y mujeres no reaccionarán igual ni serán afectados de manera igual por cada innovación. Lo que se necesita es un esfuerzo de superar viejos y cómodos hábitos que trataban como un todo homogéneo a grupos demostrablemente diferenciados. Pero en la medida en que todos nos beneficiaremos con una sociedad más libre y justa, este esfuerzo y este sacudón a viejos hábitos de pensamiento y comportamiento están más que justificados.